

Polemizar, aclarar, edificar

El pensamiento de Søren Kierkegaard

Para Carolina

Aunque la primera belleza tenga mucha gracia, no es totalmente verdadera;
ella es más bien una envoltura, una vestidura de la que
poco a poco saldrá la verdadera belleza,
en el curso de los años, bajo la mirada agradecida del esposo.

El juez Guillermo, en *Estadios en el camino de la vida*

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: libros@clie.es
<http://www.clie.es>



© Manfred Svensson

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2013 Editorial CLIE

Svensson, Manfred

El pensamiento de Søren Kierkegaard. POLEMIZAR, ACLARAR, EDIFICAR

ISBN: 978-84-8267-836-8

Depósito Legal: B.21 864-2012

Clasifíquese: 0065 - PENSAMIENTO CRISTIANO

CTC: 01-01-0065-22

Referencia: 224843

Impreso en Estados Unidos / Printed in United States

Agradecimientos

Este libro se publica con ocasión del bicentenario del nacimiento de Kierkegaard. Durante los primeros cien de esos doscientos años, muy pocos supieron de su persona y obra; en los siguientes cien, en cambio, ha sido reconocido como uno de los grandes de la historia del pensamiento. Mi relación personal con su obra ha seguido más bien el orden inverso: durante los primeros años de mi formación tenía una gran fascinación por sus escritos, fascinación que luego fue seguida de un largo abandono. Si, no obstante, este libro sale a la luz, se debe a tres causas. En primer lugar debo mencionar a los amigos que no permitieron que dicho abandono fuera total. Particularmente debo mencionar aquí a Patricio Martínez, Rodrigo Figueroa y Benjamín Olivares. Aunque rara vez hemos tenido oportunidad de conversar de modo largo sobre Kierkegaard, las conversaciones ocasionales han logrado mantener vivo mi interés por el gran autor danés. En segundo lugar, debo mencionar a mis alumnos en el Instituto de Filosofía de la Universidad de los Andes. Fue a solicitud suya que empecé a enseñar sobre un autor al que veía sólo como un pasatiempo. En particular debo mencionar a Bernardita Navarro, quien tuvo la primera iniciativa al respecto, y a Magdalena Undurraga, que tuvo la gentileza de corregir una de las últimas versiones de este libro. Por último, debo agradecer a Alfonso Roper, de Clie, quien precisamente *ad portas* del bicentenario me propuso la redacción de este libro. No sé si es sabio escribir un libro contra el tiempo para coincidir con una fecha de aniversario. Kierkegaard tal vez diría «si lo haces te arrepentirás, si no lo haces también te arrepentirás». Pero haber contado para eso con las donaciones de libros que Jon Stewart, presidente de la Sociedad Kierkegaardiana Internacional, hizo a la biblioteca de nuestra universidad, al menos me deja sin excusas y con la responsabilidad completa por lo que sea deficiente en el resultado.

ÍNDICE

Introducción	9
1. Kierkegaard y el siglo XX	9
2. Kierkegaard como pensador religioso: polémico, clarificador y edificante	13
Estadios en el camino de su vida	19
1. Kierkegaard en la época de oro de la cultura danesa	19
2. Michael Pedersen Kierkegaard y Regine Olsen	22
3. Estudiante	26
4. Cristiano	30
5. Escritor	38
Kierkegaard y su obra como escritor	45
1. Informes para la historia	46
2. El vínculo entre el autor y los textos	49
3. Hacia una gradual comprensión de sí mismo	55
4. El teatro de los pseudónimos	62
La producción pseudónima	67
1. « <i>O lo uno o lo otro</i> »	68
2. Los tres estadios	76
<i>Estadios, no etapas</i>	76
<i>El estadio estético</i>	77
<i>El estadio ético</i>	79
<i>El (o los) estadio(s) religioso(s)</i>	82
<i>Transición e integración de los estadios</i>	85
3. « <i>Temor y temblor</i> »	89
<i>Título y estructura</i>	89
<i>El caballero de la fe</i>	93
<i>La suspensión teleológica de la moral</i>	98
<i>El sentido de «Temor y temblor»</i>	101

4. Las «Migajas» y el «Postscriptum»	104
<i>El "proyecto" de Johannes Climacus</i>	104
<i>La pregunta por la verdad</i>	110
5. «La enfermedad mortal»	116
<i>Desesperación y pecado</i>	116
<i>La desesperación: anímica, espiritual y fundamental</i>	118
<i>Desequilibrio en la síntesis</i>	122
<i>Autorelación/autoconciencia</i>	124
<i>La relación con el Fundamento</i>	129
Bajo el nombre propio. ¿Comunicación directa?	135
1. Espera, paciencia, lentitud	136
2. «La época presente» y el pensamiento social de Kierkegaard ...	140
<i>Kierkegaard como crítico cultural</i>	140
<i>Algunos tópicos de su filosofía social</i>	146
<i>Un año decisivo: 1848</i>	150
3. Las obras del amor	155
4. El ataque a la cristiandad	164
Kierkegaard: un clásico peculiar	171
1. Kierkegaard en la tradición intelectual de Occidente	173
2. El lugar de Kierkegaard en la tradición intelectual protestante	178
<i>El juicio de Kierkegaard sobre el protestantismo</i>	179
<i>¿Un pensador para el protestantismo?</i>	184
3. Kierkegaard como pensador cristiano clásico	186
<i>Ser un individuo</i>	186
<i>Condiciones para defender lo incondicional</i>	190
Epílogo	197
Apéndices	201
1. Obras de Søren Kierkegaard con fecha y pseudónimo	202
2. Bibliografía	204
<i>Escritos de Søren Kierkegaard</i>	204
<i>Literatura secundaria</i>	205

Introducción

1. Kierkegaard y el siglo XX

«Pensaba que ya había dejado atrás el cristianismo, pero ahora veo que lo tengo por delante. El que lo puso ahí fue Kierkegaard»¹. Así escribía el poeta tirolés Carl Dallago en 1914, un siglo tras el nacimiento de Kierkegaard y un siglo antes de nosotros. Era el momento de un vigoroso renacimiento kierkegaardiano, y no sólo hombres apasionados como Dallago escribían en esos términos, sino que también hombres sobrios y sistemáticos. Entre ellos el filósofo judío Edmund Husserl da testimonio elocuente de lo que estaba ocurriendo en ese momento, al escribir sobre el positivo impacto que estaba teniendo Kierkegaard «como parte del gran anhelo religioso que ha prendido entre los mejores de todos los círculos»². Dicho «gran anhelo religioso» no surgió en medio de una situación trivial, sino que era la respuesta a una creciente percepción de crisis. Dallago, por ejemplo, escribió su pequeña obra *El cristiano de Kierkegaard* en 1914, pero a causa de la Primera Guerra Mundial, que en ese momento se iniciaba, no pudo publicarla hasta 1922. En esa fecha Europa había recuperado la paz, pero había perdido la fe en el progreso: Kierkegaard fue recibido precisamente en el momento en el que se venían abajo las promesas del largo siglo XIX.

La revista para la que escribía Dallago era *Der Brenner*, una revista cultural austríaca que cultivaba una notable crítica de la cultu-

¹ Dallago, Carl. *Der Christ Kierkegaards* Brenner-Verlag, Innsbruck, 1922. pág. 5.

² Husserl, Edmund *Briefwechsel* Kluwer Academic Publishers, La Haya, 1994. III, III, pág. 15.

ra burguesa, desde un marco que abarcaba no sólo parte del pensamiento cristiano, sino a una más amplia tradición occidental, desde Virgilio hasta el expresionismo. A través de las páginas de esta revista conocieron a Kierkegaard no sólo Jaspers y Heidegger, sino también hombres como Husserl y Wittgenstein, al mismo tiempo que diversos círculos teológicos comenzaban a popularizar su obra entre los cristianos. El entusiasmo de todo ese mundo por nuestro autor queda bien expresado en las palabras de Jaspers, quien afirmaba que «tal vez todo aquel que no se abre a Kierkegaard [...] permanece hoy pobre e inconsciente»³. En efecto, casi toda la cultura intelectual europea se vio remecida por el creciente descubrimiento de su obra. La historia posterior ha tendido a olvidar la amplitud de dicho impacto, enfatizando, por el contrario, el impacto de nuestro autor sobre los autores que se acostumbra clasificar como existencialistas. Kierkegaard, un autor centrado en la angustia, el individuo, la excepción, la elección y la subjetividad, sería el «padre» de esta corriente. Conviene cuanto antes deshacernos de tal idea, abrírnos a lo variado que fue el panorama de su herencia, y a lo variadas que son también las obras del mismo Kierkegaard.

Pero precisamente por este generalizado entusiasmo, se trataba de una recepción caótica y sumamente parcial. El mismo Dallago da cuenta no sólo del hecho de que no conocía toda la obra de Kierkegaard, sino que en más de una ocasión cita obras fundamentales de segunda mano, siguiendo algún comentario que había leído en otra parte. Eso comenzaría a cambiar con cierta prontitud, por el surgimiento de los estudios kierkegaardianos como un área significativa de investigación y la consiguiente traducción de su obra a las principales lenguas. Así, la parcialidad se empezó a reducir. Sin embargo, la recepción popular de un autor no sigue necesariamente dichos movimientos, y menos aún cuando debe mediar la traducción de sus obras, un proceso de considerable lentitud. Esa diferencia entre la recepción científica de un autor y su recepción popular no tiene por qué ser negativa: hay en la recepción popular una libertad, una

³ Jaspers, Karl. «Kierkegaard hoy» en Sartre, Heidegger, Jaspers y otros. *Kierkegaard Vivo* Alianza, Madrid, 1968. pág. 72.

creatividad que puede, a veces, hacerla más importante que la científica. Pero junto a muchos aspectos positivos, la recepción popular, sobre todo si es fragmentaria, puede también ser un obstáculo a la comprensión. Considérese, por ejemplo, qué ocurre con una persona que en el mundo hispanoparlante se entera de la importancia de los diarios de Kierkegaard para comprender la biografía espiritual del mismo. Saldrá a la búsqueda de dichos diarios, y encontrará que bajo el nombre de Kierkegaard sólo se encuentra en nuestras librerías un pequeño libro con el misterioso título de *Diario de un seductor*. Si con una remota esperanza de que éste sea el famoso diario, decidiera adquirirlo, ¿qué libro es el que como resultado tendría en sus manos?

Una breve explicación de la naturaleza de dicho libro puede ser útil para volvernos conscientes de cuáles son las dificultades al leer a Kierkegaard, dificultades agudizadas por el proceso de transmisión de su obra. El *Diario de un seductor* es un breve libro de unas 150 páginas. Pero en realidad nunca fue publicado por Kierkegaard como una obra independiente. Es, por el contrario, parte de un libro mayor: *O lo uno o lo otro*. Pero tampoco dicha obra lleva el nombre de Kierkegaard como autor. La obra está firmada por un pseudónimo, Víctor Eremita. Y ni siquiera éste asume el papel de autor, sino de editor. Editor de los papeles de «A» y los papeles de «B». Los papeles de «A» representan una visión «estética» de la vida, mientras que los de «B» representan una visión «ética» de la misma. Y en medio de los muchos papeles de «A», se encuentra este *Diario de un seductor*; pero incluso el prólogo de dicho diario menciona estos papeles como algo encontrado, no producido por «A». De modo que el vínculo entre Kierkegaard y el diario se encuentra removido varios pasos. En caso de que un lector contemporáneo de Kierkegaard se enterara de que éste era el autor del pseudónimo, la situación podría parecerle algo enredada. ¿Pero cómo describir adecuadamente la confusión que esto puede causar en quien se encuentra simplemente con el *Diario de un seductor* publicado de forma independiente y bajo el nombre de Kierkegaard? La situación no parece muy distinta de si alguien tomara una cuestión de una *Summa* medieval, donde el maestro presenta argumentos a favor de la tesis opuesta a la suya antes de

ofrecer su propia solución, y se optara por hacer una publicación independiente de tales argumentos adversarios. Tal publicación nos presentaría a Tomás de Aquino, por ejemplo, defendiendo cosas como que «no es necesario buscar las cosas de arriba», que «otras ciencias son más dignas que la teología» o que «parece que Dios no existe»⁴. La historia de la recepción de Kierkegaard nos ofrece literalmente ese fenómeno.

Pero además de estos accidentes en la transmisión de su legado literario, hay que tener presente que la obra de Kierkegaard se transmite en medio de grandes conflictos entre visiones rivales de la realidad. Uno de los testimonios más elocuentes de cómo se gestó esa temprana recepción lo encontramos en una carta de Georg Brandes a Nietzsche. Brandes se encontraba consolidado como el principal crítico literario y cultural del norte de Europa cuando decidió escribir su introducción a Kierkegaard. Pero en carta a Nietzsche, si bien evidentemente manifiesta cierto interés por nuestro autor, le confiesa el siguiente propósito: «Este libro mío no presenta de modo suficiente la genialidad de Kierkegaard, pues se trata de una suerte de panfleto [*Streitschrift*] que escribí para poner un límite a su influencia»⁵. Es una norma básica de la crítica que mediante ella uno puede en realidad estar dando publicidad innecesaria al adversario, y de eso un crítico de la talla de Brandes tiene que haber estado muy consciente. Si, no obstante, publicó un tratado como éste cuando Kierkegaard aún era desconocido, es porque tiene que haber previsto que su obra se difundiría de modo inevitable. Porque aunque deseara ver frenada la influencia de su obra, sin duda reconocía alguna grandeza en ella. Después de todo, Brandes escribe a Nietzsche sugiriéndole que se ocupe de la psicología de Kierkegaard y, siendo Nietzsche quien es, no se trata de una recomendación a alguien menor. Lamentablemente, dicho encuentro entre gigantes no tuvo lugar, pues se acercaba el ocaso de Nietzsche. En lugar de eso, tenemos la multitud de recepciones del siglo XX.

⁴ Son las posiciones adversarias en *S. Th.* I. q. 1, a. 1 y 5; q. 2 a. 3.

⁵ Krüger, Paul (ed.). *Correspondance de Georg Brandes* Rosenkilde y Bagger, Copenhagen, 1952-66. Vol. IV, pág. 448.

Al comenzar dicho siglo XX, en efecto, Kierkegaard se transformó en una fuerza incontenible⁶. Theodor Haecker, uno de sus tempranos difusores en la lengua alemana, describió la traducción de las obras de Kierkegaard del danés al alemán como la apertura de una represa. Como hemos señalado, este «renacimiento kierkegaardiano» no fue un movimiento homogéneo, sino que su obra actuó de modo muy diverso sobre distintas figuras y corrientes. Un sinnúmero de autores de todo tipo se nutrió de sus libros. No sólo debe pensarse en los autores que alguna vez se agruparon bajo el título de «existencialismo», sino también en la recepción que tuvo Kierkegaard en la teología dialéctica y en diversos pensadores católicos (como el mencionado Theodor Haecker), así como en el vasto espectro de la literatura desde Rainer Maria Rilke a Unamuno. Pero con todo lo que estas voces han significado para la difusión de su obra, ¿no será hora de esforzarnos también en el mundo hispanoparlante por una mayor familiaridad con Kierkegaard mismo, quien vivió en el siglo XIX y no en el XX, para quien el gran mayor giro de la historia no son las dos guerras mundiales sino 1848?

2. Kierkegaard como pensador religioso: polémico, clarificador y edificante

Lo anterior nos obliga, por supuesto, a definirnos no sólo en términos negativos —que no seguiremos ni a éstos ni a los otros fenómenos kierkegaardianos del siglo XX, sino también a explicar positivamente qué tipo de libro el lector tiene entre sus manos. Puesto en los más sencillos términos, he intentado que este libro otorgue una buena visión general de la obra de Kierkegaard. Eso no significa una visión exhaustiva, pues hay libros de él que aquí no serán discutidos. Pero espero que quien lea este libro pueda acabarlo habiendo recibido una impresión adecuada de los distintos rostros de Kierkegaard y que, a pesar de ser una introducción, se haya encontrado

⁶ Para la recepción hasta entonces véase Malik, Habib C. *Receiving Søren Kierkegaard. The Early Impact and Transmission of his Thought* The Catholic University of America Press, Washington, 1997.

aquí una cantidad suficientemente abundante de textos del mismo Kierkegaard como para tener una impresión de su estilo. En suma, he intentado hacer el tipo de trabajo que hacemos los profesores. Pero Kierkegaard detestaba a los profesores. «Dejaré tras de mí un capital intelectual de no poco valor —escribía—, pero sé quién lo heredará: esa figura que encuentro tan repulsiva, y que ha heredado todo lo mejor del pasado, el docente, el catedrático»⁷. Los profesores no tenemos por qué pagarle con la misma moneda, pero sí tenemos que preguntarnos en qué medida tiene sentido intentar apropiarse de un pensamiento como el de Kierkegaard desde una perspectiva «profesoral», desde el mundo tradicional de la enseñanza. Sus frases críticas sobre los profesores dejan caer sobre el mundo académico un manto de «inautenticidad», de modo que pareciéramos sólo construir castillos en los cuales es imposible vivir. Antes de afirmar que la vida académica no tiene por qué necesariamente transformarse en eso, conviene hacer caso a la advertencia. Es una advertencia correcta respecto de algo que efectivamente ocurre con cierta frecuencia a quien sólo sabe vivir entre libros. Tomar la advertencia en serio también nos pondrá en una relación adecuada con la cuantiosa literatura secundaria sobre Kierkegaard. Nadie que se embarque seriamente en el estudio de un autor difícil querrá prescindir del trabajo de sus colegas y antecesores. Hay, además, algo más inauténtico que el beber sólo de ideas ajenas: el ignorar que se está haciendo uso de ellas, o el presentarlas como propias. Intento, pues, tener presente la literatura secundaria, pero espero que las advertencias de Kierkegaard sobre el trabajo de los profesores haya contribuido a que la referencia a la literatura secundaria sea todo lo limitada que sea posible. Es Kierkegaard quien nos interesa aquí.

Pero si Kierkegaard no pertenece al mundo académico, ¿qué clase de autor es? Tal vez convenga partir notando que no es tan extraño el caso de un filósofo difícilmente integrable al mundo académico: en eso Kierkegaard no está en una situación muy distinta de Sócrates, Descartes o Schopenhauer. También en ellos encontra-

⁷ NB 26:76 / SKS 25, 79. Para explicitación de las abreviaciones y ediciones usadas véase los apéndices al final de este libro.

mos una vida distinta de la académica, una vida filosófica realizada en las plazas, en las sociedades científicas o en la soledad (Schoenhauer incluso escribió un despectivo discurso «sobre la filosofía universitaria»). Pero hay algo que sigue haciendo a esos autores más fácilmente comprensibles que Kierkegaard, a saber, que se declaran filósofos. No importa qué piensen sobre la filosofía que los ha precedido, o sobre el saber institucionalizado, hay algo en la descripción que dan de sí mismos que nos ayuda a comprender el lugar que ocupan en el mundo, el lugar que ocupan en la historia del pensamiento. Pero parece claro que Kierkegaard no quiere ser visto como un filósofo. Eso no implica que desprecie la filosofía. Incluso puede dedicarle cierto tiempo, y puede mostrar que tiene los dones para haber sido un filósofo. Sin embargo, de los filósofos siempre escribe en tercera persona, siempre es un «ellos», nunca un «nosotros». ¿Tiene eso alguna importancia? Sin duda. Si no se atiende a ese detalle, es mayor la posibilidad de ver a Kierkegaard como un filósofo que con sus críticas está intentando realizar una reforma interna de la filosofía (por ejemplo, proponiendo una filosofía «existencialista» en vez de una «esencialista»). Si no es un filósofo, si no habla desde y para la filosofía, tal vez no tiene sentido poner en su boca una propuesta como ésa.

Pero tampoco es un teólogo. Ciertamente es un autor que trabaja con gran frecuencia desde categorías teológicas y cuyo trabajo es nutrido por discusiones teológicas. Pero si se encuentra lejos de la filosofía en su sentido tradicional, tal vez lo esté tanto más de la teología. Eso depende, por supuesto, de cómo se describa la teología. Sobre «la antigua terminología de la dogmática cristiana» escribe que es «como un castillo encantado en el que los más bellos príncipes y princesas duermen un profundo sueño, sólo esperando a ser despertados, traídos a la vida, para entonces mostrar su plena gloria»⁸. Es claro que no son palabras de alguien que desprecia la teología. Pero su impresión era que en el mundo contemporáneo estudiar teología o ser teólogo es algo muy distinto, algo consistente en «tener un doctorado *summa cum laude* en teología y ser más

⁸ DD:20 / SKS 17, 226.

brillante que todo los otros que tienen un *summa cum laude*⁹. Esa descripción negativa, que ve la teología como un soberbio cultivo de conocimientos (o diplomas) triviales, suele predominar en sus escritos por sobre la valoración positiva de la «antigua dogmática cristiana»; al menos predomina lo suficiente como para que ni él se haya entendido como teólogo ni nosotros lo debemos calificar de tal. En algunas ocasiones se describe a sí mismo como alguien que es «esencialmente un poeta», un «poeta de lo religioso» o un «poeta de lo cristiano». Pero también aquí hay otra cara de la moneda: vivir poéticamente lo describe en otras ocasiones como tener una relación puramente imaginativa con los ideales. En ese sentido el esfuerzo constante de Kierkegaard es por dejar de ser un poeta. Si no es poeta, filósofo ni teólogo, ¿bajo qué categoría estudiar su obra?

Desde luego no es necesario tener una etiqueta para identificarlo. Sin embargo, una descripción general sí puede ser orientadora, siempre que sea suficientemente general como para no encasillarlo ni crear expectativas equivocadas respecto de su obra. Tal descripción general podría ser tan sencilla como la afirmación de que Kierkegaard es «un escritor y pensador cristiano». La afirmación de que es un escritor no requiere de defensa, pero veremos que sí es importante pensar atentamente sobre el tipo de escritor que es. La categoría de «pensador cristiano» o «pensador religioso», en tanto, una categoría que igualmente podríamos aplicar a autores como san Agustín o Pascal, parece adecuada porque permite romper con límites muy estrechos entre disciplinas, pero es adecuada también porque reconoce que en estos autores, que no son estrictos filósofos o teólogos, hay un trabajo argumentativo significativo, no sólo ideas inarticuladas. Ese trabajo argumentativo es el que explica su influencia sobre disciplinas como la filosofía o la teología.

Pero hay distintos tipos de pensador religioso, y un mismo pensador religioso puede ser estudiado con distintos énfasis. El énfasis que aquí pongo es el anunciado en el título de este libro: polemizar, aclarar, edificar. Éste no es un modo usual de introducir a Kierkegaard, ni tampoco son tres prácticas que suelen ir de la mano

⁹ NB 3:31 / SKS 20, 259.

en otros autores —muchas veces se asume que los polemistas no son edificantes. Pero se trata de tres prácticas que me parecen centrales para toda la producción de Kierkegaard. «Todo autor religioso es por eso mismo polémico», escribía en 1848, y eso se aplica también a su propia persona y obra¹⁰. Es más, la polémica no es sólo una propiedad de la literatura religiosa, sino que este carácter polémico es algo que Kierkegaard afirma respecto de la naturaleza misma del cristianismo: «el concepto <cristiano> es un concepto polémico, sólo se puede ser cristiano en oposición o a modo de oposición»¹¹. Estas palabras pueden sonar provocadoras, pero en boca de Kierkegaard no son un vulgar llamado a la agitación. Nos invitan, por el contrario, a la segunda palabra del título: se trata de una polémica que tiene por elemento primordial la clarificación. Tanto las lecturas existencialistas como las postmodernas parecen de distintos modos oscurecer este aspecto de su obra, mostrándolo como un autor que nos sume en la confusión interior o como un autor que se expresa de un modo que no permite una interpretación clara de su obra. Pero el «o lo uno o lo otro» con que titula su primer libro tiene un objetivo que atraviesa toda su obra: Kierkegaard quiere ponernos ante alternativas radicales, pero para eso debe hacer aclaraciones conceptuales.

Kierkegaard debe pues ser leído como un autor de denuncia, pero al mismo tiempo como alguien que busca traer luz, clarificar. Los dos pasos están unidos, porque aquello que denuncia puede ser precisamente resumido como una confusión. Pero tal confusión tiene por supuesto un nombre más específico: la cristiandad, que es no sólo una confusión entre la iglesia y el Estado, sino una confusión entre conceptos cristianos y conceptos de la burguesía europea del siglo XIX. Incluso la clásica idea de tres estadios de existencia —una de las ideas más propias de Kierkegaard— tiene eso por principal objeto: no que debamos vivir en espacios distintos, sino que podamos distinguir categorías estéticas, de categorías éticas o religiosas. Si estamos ante este tipo de polémica, una polémica que busca ante todo aclarar, deja de ser extraño que sea compatible con la edifi-

¹⁰ SKS 16, 47.

¹¹ SKS 13, 187.

cación. Y la edificación se encuentra presente no sólo en aquellos tratados que Kierkegaard presenta como *Discursos edificantes*, sino que atraviesa tal como la polémica y la aclaración conceptual toda su obra. Él mismo se esfuerza una y otra vez por hacernos notar la compatibilidad entre estas tres prácticas. *Las obras del amor*, un título ostensiblemente edificante, se subtitula como «reflexiones cristianas», porque también respecto de la naturaleza del amor nos considera confundidos; *La enfermedad mortal*, un «tratado psicológico», se inicia con un prólogo que busca defender la posibilidad de que un libro sea a la vez una exposición académica rigurosa y un tratado edificante. El énfasis en la polémica, la aclaración y la edificación me parece pues un prisma ideal para resaltar rasgos distintivos de la obra de Kierkegaard, aunque desde luego no todos los énfasis de la misma quedan así incorporados.

Sólo basta pues decir unas breves palabras respecto de cómo está estructurado este libro. Lo que intentaré es presentar a Kierkegaard en los siguientes pasos. Lo primero tras esta introducción (I.) es un breve panorama biográfico (II.). No una biografía, tampoco una resumida, sino algunos núcleos biográficos que nos pueden ayudar a aproximarnos a su obra. Luego me dirigiré a su visión respecto de su propia obra como escritor (III.), un requisito indispensable antes de abordar sus textos, pues Kierkegaard acostumbraba firmar obras con pseudónimo, solicitando que no se le atribuyera a él lo que decían tales obras: estamos ante un autor compulsivo en su consideración sobre su propia obra, que nos ha dejado una cantidad muy considerable de instrucciones respecto de cómo debe ser leído, pero instrucciones que no siempre es fácil considerar como compatibles entre sí. Detenerse en eso me parece pues indispensable. Con todo, este libro está estructurado de modo tal que si alguien no comparte esa opinión, puede saltar directamente a la siguiente sección, donde empieza la exposición de los grandes textos de Kierkegaard. Dicha exposición la he dividido en dos partes: primero revisaremos un grupo selecto de los textos firmados con pseudónimo (IV.), y luego los que Kierkegaard firma con su propio nombre (VI.). Finalmente, intentaré decir algunas cosas respecto de cuál es el lugar de Kierkegaard en la tradición intelectual cristiana (VI.).

Estadios en el camino de su vida

1. Kierkegaard en la época de oro de la cultura danesa

La vida de Kierkegaard se presta para escribir biografías excelentes, y las ha habido de la más diversa índole. Quien busque eso tiene una amplio número de obras a las cuales ser dirigido¹². Aquí, en cambio, diré sólo lo que me parece necesario para introducirnos adecuadamente en sus escritos. En primer lugar, haré algunas observaciones sobre la cultura danesa del período y el tipo de figuras con las que Kierkegaard interactúa. Tras eso intentaré presentar no una biografía completa, no un recuento lineal de acontecimientos, sino una serie de relaciones y preocupaciones de Kierkegaard que temporalmente se superponen, aunque aquí las presente de modo sucesivo. Son «ventanas» a través de las que intentaremos ingresar a su mundo, atendiendo a su vida afectiva, religiosa e intelectual.

Pero conviene partir familiarizándonos con el contexto de Kierkegaard. Y lo primero que entonces corresponde hacer es volvernos conscientes de que el período en que vive es la época de oro de la cultura danesa. Bruce H. Kirmmse nos ha vuelto conscientes de eso en una destacada presentación de la relación de Kierkegaard con dicha cultura¹³, y otros grandes autores de dicho universo están

¹² Entre las biografías antiguas destacan las de Walter Lowrie y la de Johannes Hohlenberg. Entre las más recientes puede ante todo recomendarse la de Alastair Hannay y la de Joakim Garff. En caso de optar por esta última, conviene seguir la controversia iniciada sobre la misma por las críticas de Peter Tudvad y continuada por M. G. Piety.

¹³ Kirmmse, Bruce. *Kierkegaard in Golden Age Denmark* Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis, 1990.

siendo crecientemente puestos a nuestra disposición¹⁴. Ahora bien, no se trata de una «época de oro» en todo el sentido de la expresión, sino de una *cultura* de oro en una época en otros sentidos desastrosa, «una época de timidez política y de dificultad económica para la burguesía danesa; sólo la poesía y el genio individual florecían»¹⁵. Hay una élite, pero que brilla por sus aptitudes académicas y poéticas más que por las comerciales. Así, no es de extrañar que el tono de toda la cultura haya sido bastante antiburgués. En eso Kierkegaard no es una excepción.

Sin embargo, en otros sentidos sí es excepcional. Salta a la vista que Kierkegaard no es una figura plenamente integrada en dicha cultura del siglo de oro. Según la clasificación de Kirmmse, dicha época puede considerarse como compuesta de dos generaciones. La primera, de inspiración romántica, siguiendo a autores como Schelling, tiene por principales figuras a Oehlenschläger en la literatura y a Mynster en la religión. La segunda generación, de origen hegeliano, cuenta con Heiberg en la literatura y Martensen en la teología. En forma paralela a estas dos generaciones se desarrollan dos corrientes alternativas. La primera es el liberalismo representado en un primer momento por Orla Lehmann y más tarde por H. N. Clausen. La segunda alternativa es el movimiento de Grundtvig, que propiciaba una suerte de cultura nacional popular al servicio de la religión, movimiento que contaba entre sus filas a Peter Kierkegaard, hermano mayor de Søren. Si se omite a las corrientes menores, lo común a todos estos movimientos es el rechazo del liberalismo y de la sociedad de masas, y una jerarquía social fuertemente determinada por el aprecio a la genialidad más que por factores económicos o políticos. ¿Cómo se relaciona Kierkegaard con este conjunto de corrientes? En muchos temas es por supuesto alguien que podría ser descrito como afín al resto de la alta cultura danesa. Pero precisamente aquello que les sirve a ellos de apoyo para su crítica social — el aprecio romántico por el genio — es algo que para Kierkegaard es bastante indiferente: está bien que haya genios, pero para él es algo

¹⁴ Particularmente a través de la serie *Texts From Golden Age Denmark*, publicada por Jon Stewart en C. A. Reitzel.

¹⁵ Kirmmse, *Kierkegaard in Golden Age Denmark*, pág. 25.

infinitamente menos significativo que aquello que todos tenemos en común, la posibilidad de una vida religiosa auténtica.

Pero para entender cómo concibe él ésta, conviene que dirijamos la mirada no sólo al conjunto de corrientes que se disputaban la alta cultura, sino a la condición espiritual de la época. Pues al pensar sólo en las corrientes que hemos mencionado, puede ser fácil concebir a la sociedad circundante como una dominada por la élite conservadora, y a Kierkegaard como una extravagancia o un revolucionario en tal ambiente. Hay sentidos en que eso puede ser una caracterización correcta, pero también hay sentidos en que la situación es la opuesta, en que la extravagancia de Kierkegaard es en realidad una sencilla defensa de las convicciones del «hombre común» frente a las nuevas filosofías que llegan a la sociedad danesa. ¿Qué filosofías? Es común que se reduzca la posición de Kierkegaard a la confrontación con Hegel. Pero no sólo conviene notar que su adversario suele ser un círculo más variado de hegelianos daneses, sino que además tiene en mente un panorama cultural e intelectual más amplio. Si Kierkegaard teoriza sobre un «estadio estético», por ejemplo, eso bien puede verse como respuesta a que la estética estuviera dejando de ser una mera subdisciplina de la filosofía y surgiera, por el contrario, toda una perspectiva estética de la existencia, una forma estética de existencia. Si dirigimos la mirada a la teología, se encontrará también la fuerte influencia de corrientes contemporáneas de avanzada. La *Vida de Jesús*, de David Friedrich Strauss, por ejemplo, influía en Dinamarca tanto como en el resto de Europa, y ahí uno podía encontrar ya buena parte de del ideario posterior de la teología liberal. Una vez más, se trata de un escenario intelectual y espiritual del que Kierkegaard se haya plenamente consciente: sus primeros diarios contienen varias observaciones donde toma distancia respecto de la ortodoxia imperante, pero también de la «mediocridad del racionalismo», y de un liberalismo selectivo que acude a la Biblia sólo para un conjunto restringido de tópicos¹⁶. De modo que el escenario en el que Kierkegaard se desenvuelve es uno en el que tanto la cultura general como la más específica vida intelectual son campos de batalla entre distin-

¹⁶ AA:12 / SKS 17, 22.

tos tipos de esteticismo, naturalismo y la fe cristiana. Conviene tener presente esto, pues significa que a pesar de la aparente excentricidad de Kierkegaard, está involucrado en conflictos que no son nada de marginales: es posible dar con el lugar de su obra en las grandes controversias del mundo contemporáneo.

2. Michael Pedersen Kierkegaard y Regine Olsen

Con este trasfondo en mente podemos ahora acercarnos a Kierkegaard mismo. En primer lugar, dirigiremos la mirada a dos relaciones personales que fueron decisivas: la relación con su padre y la relación con Regine Olsen, la joven con la que estuvo comprometido. Tras eso dirigiremos la mirada a tres escenarios distintos, para conocer a nuestro autor como estudiante, para conocer su relación con el cristianismo y para interiorizarnos con su trabajo como escritor.

No parece haber obra sobre Kierkegaard que no contenga una mención de su relación con su padre. Es a éste, Michael Pedersen Kierkegaard (1756-1838), que dedica una cantidad considerable de sus escritos edificantes, y a lo largo de toda su obra encontramos referencias a la relación que tuvo con el mismo, en contraste con un pronunciado silencio en relación a su madre. Aunque de origen rural, Michael Pedersen tuvo una destacada carrera comercial en Copenhague. Eso le permitió ya en 1797 dejar sus negocios a cargo de terceros, para pasar a llevar una vida de intensa supervisión de su familia, ocupándose desde los menores detalles domésticos hasta el cuidado espiritual de los hijos. Es representativo de su carácter que al enterarse de la enfermedad terminal de una de sus hijas, y escuchando que el resto de los involucrados quería ocultarle a la misma la enfermedad, él exclame «mis hijos no han sido educados así», y proceda a contar a su hija sobre la proximidad de la muerte.

Sin una educación formal en el trasfondo, Michael Pedersen Kierkegaard fue un autodidacta excepcional, con gran capacidad para la discusión y una gran imaginación. Aunque él mismo sentía una mayor cercanía por la congregación de los hermanos moravos, crítica del racionalismo liberal imperante en la iglesia oficial, desde

temprano vinculó a sus hijos a la iglesia luterana. Él mismo encontró un camino para vincularse más a la misma al aparecer en escena el futuro obispo Mynster, que combinaba su pertenencia a la iglesia luterana con un llamado a la piedad personal, a las horas individuales de lectura devocional que entroncaban bien con el pietismo. Al conocer a este pastor en 1812, Michael Pedersen Kierkegaard pudo ver en él el camino hacia un adecuado compromiso: con un pastor como éste, podía pasar a involucrarse con la iglesia oficial —como correspondía a alguien de su rango social— sin perder el espíritu que lo había guiado hasta aquí. De este modo, en la niñez de Søren ya era hábito oír los sermones de Mynster en las mañanas y en las tardes continuar con el culto de los hermanos moravos. Conviene no perder de vista este trasfondo pietista—separatista, pues puede ser uno de los factores por los que Kierkegaard no fue absorbido por la «cristiandad» oficial.

Pero Søren sólo sigue en esto a su padre por un periodo breve. Como parte de una rebeldía más generalizada, en julio de 1837 deja la casa para independizarse. Una «independencia» común, sin embargo, entre jóvenes de familias adineradas: el padre le sigue pagando no sólo la nueva vivienda, sino los cuantiosos gastos que implica su nueva vida. Unos meses más tarde, de hecho, tendría que regalarle el equivalente a unos doce mil dólares de hoy para pagar sus variados gastos en vestimenta, café y libros. Esta separación entre ambos, en que el vínculo que persiste es el del apoyo económico a los excesos del hijo, llega a su término poco antes de la muerte del padre, en 1838. Los términos en que Søren da cuenta de esta pérdida en su diario son los siguientes:

Mi padre murió el miércoles a las 02:00. Deseé tan profundamente que viviera unos años más, y considero su muerte como el último sacrificio que su amor ha hecho por mí. Pues no ha partido de mí, sino por mí, para que llegue a ser algo de mi vida. Lo más precioso de todo lo que me ha dejado en herencia es el recuerdo de él, su imagen transfigurada, pero transfigurada no por mi imaginación poética (pues no se requiere), sino por los muchos pequeños rasgos de los que recién ahora me estoy enterando, los cuales mantendré en secreto sin darlos

al mundo. Pues en este momento siento que sólo hay una persona (E. Boesen) con la cual podría realmente hablar sobre mi padre. Fue un «amigo fiel»¹⁷.

Tales palabras, con todo lo que pueden tener de enigmáticas, nos revelan algo de nuestro autor. Por una parte, por su referencia al secreto. La relación con su padre nos es presentada como una transformada *post mortem* por el acceso a un nuevo conocimiento sobre el mismo, pero respecto de la naturaleza precisa de tal secreto no se nos dice nada. En eso lo que se nos revela no es sólo un rasgo de la relación entre padre e hijo, sino un típico rasgo de carácter de Søren: hay más de una ocasión en que se refiere a su propia obra como una que tiene un enigma, que su sentido último sólo puede ser captado por quien posea la llave indicada, un conocimiento sobre un aspecto de su propia existencia que Kierkegaard decide sin embargo mantener en secreto.

Por otra parte, la referencia a la muerte del padre como algo ocurrido para que algo sea de la vida del hijo, nos remite de modo claro al hecho de que hasta ese momento, una década tras iniciar sus estudios, Kierkegaard externamente no había logrado nada: el padre dejó este mundo sin haber visto de qué era capaz su hijo. En las décadas por venir, las obras que Kierkegaard firma con su nombre serán casi sin excepción dedicadas a su difunto padre, a quien lo une no sólo una similar comprensión del cristianismo, sino un similar temple anímico, una profunda melancolía, melancolía que explica el fracaso de la otra relación personal que aquí consideraremos, el noviazgo con Regine Olsen.

Kierkegaard la conoce el 8 de mayo de 1837 y, según los recuerdos de ella, puestos por escrito cuarenta años más tarde, se trataba de una comida cotidiana junto a amigos en común, situación en la que todo el mundo estaba pendiente de las palabras ingeniosas que constantemente salían de la boca de Kierkegaard¹⁸. Él mismo, según lo registra en el diario de vida, parece haber estado más bien pendiente

¹⁷ DD:126 / SKS 17, 258.

¹⁸ Kirmme, Bruce (ed.) *Encounters with Kierkegaard. A Life as Seen by His Contemporaries* Princeton University Press, Princeton, 1996. pág. 39.

de que no se notara dicho rasgo suyo. Ruega, en efecto, a Dios, para que lo ayude a contener su lengua, para poder estar en silencio y no deslumbrar (o aterrar) por su ingenio¹⁹. Casi tres años más tarde se comprometerían, una vez finalizados los estudios de Kierkegaard. En una nota retrospectiva recuerda que, tras años de lenta aproximación,

fui a su casa con la firme disposición de dejar el asunto resuelto. Nos vimos afuera de su casa. Me dijo que no había nadie. Tomé estas palabras como la invitación que esperaba y entré con ella. Ahí estábamos, ambos solos, ella algo nerviosa. Le dije que tocara algo en el piano, como era usual. Ella lo hace, pero yo no logro decir nada. Repentinamente, cierro el piano con cierta vehemencia y exclamo «qué me importa a mí la música, es a ti que quiero, es a ti que he querido por dos años». Pero ella permaneció en silencio. La verdad es que yo no había dado paso alguno para cautivarla. Más bien lo contrario, le había hecho advertencias respecto de mí, respecto de mi melancolía²⁰.

Tras esto, Kierkegaard se dirigió al padre de Regine, quien, bien dispuesto respecto de la idea de tal noviazgo, lo recondujo a su hija, quien ahora aceptó. Pero el párrafo que hemos citado es representativo del tipo de tortuosas reflexiones con que Kierkegaard envuelve la relación entre ambos, preguntándose si acaso su melancolía destruirá a Regine o si acaso la total apertura al otro implicada en el matrimonio es compatible con seguir guardando celosamente un secreto de su padre. Según él, el día de haber iniciado la relación formal con Regine ya sabía que todo había sido un error. Un año más tarde, pondría término al noviazgo, y dejaría Dinamarca para una breve estadía en Berlín.

La ruptura con Regine lleva a Kierkegaard a hablar como si ahora hubiera adquirido «esponsales con Dios». En efecto, lo confirma en la idea de que ha sido llamado a «lo extraordinario», a una vida fuera de lo común, fuera del matrimonio. Crecientemente, invoca incluso un lenguaje monacal para describir el tipo de existencia

¹⁹ AA:53 / SKS, 17, 53.

²⁰ Not:15:4 / SKS 19, 433.

que va a llevar. Junto a convencerlo de este llamado a lo extraordinario, se trata también de una relación decisiva para su obra literaria, pues podemos considerar la ruptura como aquello que vuelve a Kierkegaard un escritor. Aunque ya antes había realizado diversos intentos literarios, es la ruptura la que lleva a un despliegue desbordante de su creatividad. Pocos meses tras ésta, en efecto, estaría acabada su primera obra maestra, *O lo uno o lo otro*.

3. Estudiante

Kierkegaard se comprometió con Regine, entonces de 18 años (él de 27), el 8 de septiembre de 1840. Durante el verano inmediatamente precedente había completado sus exámenes de teología. Por un segundo, pareciera poder llevar una vida convencional: es un hombre serio que ha acabado sus estudios, y tras acabarlos se prepara para el matrimonio. Pero la situación no era convencional: los estudios los había completado en un tiempo récord, tras varios años en que pocos habrían apostado a que alguna vez los completaría. Conviene que dirijamos la mirada al tipo de estudios que realizó durante su periodo formal como estudiante, y al modo en que éstos van configurando la mente del posterior escritor.

A la universidad de Copenhague había ingresado en octubre de 1830, oficialmente inscrito como alumno de teología. Su formación previa, recibida en la escuela de virtud cívica, ya le había dado un buen griego y francés. En 1831 daba en la universidad un examen intermedio calificando con distinción en griego, latín, hebreo, historia y matemáticas. Del talento nadie podría tener dudas, pero tardaría una década en dar sus exámenes finales, pues su ánimo estaba dispuesto para dedicarse a un buen número de disciplinas que no eran parte de su plan de estudios. Tras los primeros años, en efecto, escribía en carta a un pariente que «actualmente estoy embarcado en estudios teológicos, lo cual no me interesa en lo más mínimo»²¹. Este fenómeno, el de un estudiante poco comprometido con sus estudios

²¹ AA:12 / SKS 17, 18.

formales, es algo que a pocos sorprenderá. Pero nos puede extrañar que ocurra en una disciplina como la teología, que imaginamos elegida por vocación, en contraste con las múltiples carreras que alguien podría estudiar por el lugar natural que las respectivas profesiones parecen ocupar en la sociedad. Quienes vivimos en una cultura en que la teología no es una disciplina habitual de estudio haremos pues bien en recordar lo poco excepcional que era en tiempos de Kierkegaard: era el curso de estudios que su propio hermano había seguido, y era uno que acababa en una carrera bien definida. Estar inscrito en teología no era pues radicalmente distinto de estar hoy inscrito en una facultad de derecho, y la situación de Kierkegaard es la del talentoso estudiante de derecho que extiende por años su carrera porque en realidad su pasión es la historia o la ciencia política.

Lo que Kierkegaard en realidad estudiaba y deseaba estudiar no era pues teología, sino literatura y filosofía. Muy temprano llegó así a cultivar una duradera amistad con Sibbern, el catedrático de filosofía, y con el poeta y filósofo Poul Martin Møller, quien si bien era profesor extraordinario de filosofía, destacaba sobre todo por un gran amor por los clásicos griegos y romanos. Además de transmitir dicho amor a Kierkegaard, cabe notar que Møller era célebre como filósofo particularmente por su uso de los aforismos, un género en el que Kierkegaard también llegaría a destacar. También en Møller podía encontrar la idea de que era necesario encontrar una «visión de mundo» en relación a la cual vivir con coherencia. La presencia de tal anhelo está expresada por Kierkegaard en la ya citada carta a su cuñado Peter Wilhelm Lund, en 1835, carta en la que escribe sobre su necesidad de saber «qué debo hacer, no qué debo saber, salvo por la medida en que la acción siempre es precedida por conocimiento. Lo que debo hacer es entenderme, ver qué es lo que Dios quiere de mí. Se trata de encontrar la verdad que es verdad para mí, la idea por la cual pueda vivir y morir»²². La carta evoca cierta mentalidad frecuentemente vinculada a Kierkegaard, en cuanto el acento está puesto no en la veracidad de lo conocido, sino en que sea una verdad «para mí». Pero esto no debe ser leído como una declaración

²² AA:12 / SKS 17, 18.

subjetivista. La misma carta sigue en realidad en términos muy claros diciendo que «no niego el imperativo que hay respecto del conocimiento y que a través del conocimiento se puede trabajar con las personas»²³. Con todo, es una carta en la que Kierkegaard expresa su abandono del interés por la ciencia natural. El destinatario de la carta llegaría a ser uno de los grandes paleontólogos del siglo, pero Kierkegaard le está narrando precisamente su «conversión» de la ciencia natural a la filosofía.

Pero los diez años en que estuvo alejado de su curso principal de estudios por dedicarse a otras disciplinas no fueron sólo años de intensa búsqueda personal, del tipo retratado en la carta recién citada. También fueron años de una vida simplemente disipada. De esto parece haberlo sacado en parte la positiva influencia de Møller, hacia 1836, pero no daría los exámenes finales hasta la muerte de su padre. Tras la partida de éste, en efecto, Kierkegaard vive lo que llamaría «el paréntesis más largo de mi vida»²⁴: había decidido cumplir con el curso de estudios inicialmente adoptado, pero todavía detestaba —y en alguna medida seguiría detestando— la teología académica. El 3 de julio de 1840 la comisión examinadora lo daba por aprobado, con calificaciones buenas sin ser excepcionales, y haciendo notar que si bien su ensayo de graduación contenía menos material específicamente teológico que los ensayos del resto de sus compañeros, mostraba en general un pensamiento más maduro que ellos. Medio año más tarde daría su primer sermón, como parte de la formación en el seminario pastoral, y recibiría comentarios similares: se trataba según sus profesores de un texto consistente, escrito en un lenguaje elevado y excelentemente pronunciado; pero el conflicto del alma humana había sido presentado de un modo demasiado difícil como para que el mensaje llegara al hombre común.

Su futuro tiene que haber estado muy poco claro para Kierkegaard. Como indican los testimonios que acabamos de mencionar, estaba abierta la posibilidad de ser ordenado como pastor; pero estaba asimismo claro el tipo de obstáculos que la personalidad y men-

²³ AA:12 / SKS 17, 18.

²⁴ Not 5:19 / SKS 19, 85.

talidad de Kierkegaard pondría a esto. Estaba asimismo abierta la posibilidad de iniciar una carrera académica. Pero si bien el talento necesario no le faltaba, está claro también aquí cuáles eran los problemas a los que se enfrentaría: si algo había heredado de Poul Martin Møller no era algún conocimiento filosófico específico, sino la crítica de éste a las convenciones sociales. La figura del profesor, por lo demás, sería una que de por vida denostarí. Pero en cualquier caso cumplió con los requisitos necesarios, manteniendo así abierta la posibilidad de ambos caminos de vida. En junio de 1841, en efecto, presentó al decano Sibbern la tesis de maestría *Sobre el concepto de ironía, en constante referencia a Sócrates*. Los comentarios de uno de los examinadores nos pueden recordar la distancia entre el carácter de Kierkegaard y el típico del mundo académico:

Este es un trabajo que se podría ver muy beneficiado por una serie de revisiones que le den más orden y comprensión. Pero dado que, tal como mis colegas, creo que esto no se logrará, pues la personalidad de su autor lo lleva a ni poder ni querer emprender tales cambios, tenemos que limitarnos a solicitar que los casos más excesivos de sarcasmo y burla sean removidos de este trabajo académico. Conversar al respecto con el autor es algo que, sin embargo, haremos mejor en dejar al decano, que ya ha tomado nota de los peores casos²⁵.

Esta defensa de tesis constituye, en efecto, un buen punto para detenernos a pensar en la relación de Kierkegaard con el mundo universitario. Pues la defensa parece ser su último punto de contacto con el mundo académico, y no es poco común que autores como Kierkegaard sean presentados como alternativa a dicho mundo. Pero si bien se puede hablar de un desdén de Kierkegaard por la teología o la filosofía académicas, esto significa desde luego algo muy distinto en alguien como Kierkegaard que en el despreciador vulgar de tales saberes. Pues él desde sus más tempranas anotaciones en los diarios de vida se nos revela como alguien que no se limita a tener geniales intuiciones, sino como alguien que estudia. Y lo hace en

²⁵ Kirmmse, *Encounters with Kierkegaard* pág. 32.

serio, de modo que cuando quiere comprender el luteranismo, por ejemplo, lee la *Apología de la Confesión de Ausburgo*²⁶ —no precisamente la lectura de un mero diletante. Considérese, como botón de muestra de sus más tempranas inquietudes, la siguiente nota escrita en su diario apenas dos meses tras su conversión:

Sería interesante seguir la historia del milenarismo a través de sus variaciones históricas hasta el presente, pues claramente se trata de un fenómeno que está volviendo a emerger, como ocurre por ejemplo en Fichte y otros. Tal vez se podría entender como una alternativa al gnosticismo de Baur²⁷.

Lo que tenemos en un pasaje como éste es a Kierkegaard interesado en interpretar fenómenos de la vida intelectual contemporánea con categorías teológicas clásicas: Fichte desde el milenarismo, Baur desde el gnosticismo. Y no se trata de algo que sólo deje al nivel de las intuiciones, sino que rápidamente se informa respecto de una voluminosa historia del milenarismo²⁸. Por lo que respecta a la escena teológica contemporánea, Kierkegaard también hace un esfuerzo significativo por estar al tanto de lo que ocurre en la misma. Durante tres años (1835-1838) estuvo personalmente suscrito al *Zeitschrift für spekulative Theologie*, revista por la que se difundía la teología liberal contemporánea. De modo que, si bien Kierkegaard por supuesto no es un académico, tampoco debe ser reducido a la «autenticidad» de un genio espontáneo. Muy por el contrario, es un estudioso, y lo es en cada área del saber por la que se ve atraído.

4. Cristiano

Los tempranos años de estudiante que hemos calificado como disipados no fueron sólo de abandono de los estudios, sino de un generalizado descarrío. En 1839, comentando dichos años pasados,

²⁶ Papir 81:1 / SKS 27, 109.

²⁷ DD:124 / SKS 17, 257.

²⁸ DD:124a / SKS 17, 257.